

Tal fenómeno, que ha llamado justamente la atención de muchos observadores, no es sino muy natural y explicable.

Por una parte el criollo se acostumbraba desde niño á ser servido en todas sus necesidades, y, cuando jóven, no hallaba trabajo á proposito para buscarse la vida de una manera honesta, porque la industria era imposible por el monopolio de la metrópoli; la agricultura, por falta de comunicaciones, era de mezquinos rendimientos; el comercio estaba en poder de las casas de contración españolas. Por otra parte el criollo fué siempre motivo de desconfianza para el gobierno colonial, lo que hizo que siempre se le tuviera separado de los puestos importantes: de aquí que, educado en la molicie, no podía tener una vida independiente, mediante el trabajo, y quedándole como único recurso los empleos secundarios, la sola cualidad que ejercitaba era la que mas le sirvió para conseguirlos: la de la cortesía, tanto mas exagerada cuando mayor era el tributo de carabanas que, á su vez, exigía del indio.

Esta conducta marcaba perfectamente los efectos de la dominación: el criollo dominante que desconocía los derechos del indio, consentía, para poder ser amo, en que el español ultrajara los suyos. El español, por su parte, y en escala jerárquica, abdicaba su personalidad ante el superior, y llevaba á España á la vez que el oro, no siempre adquirido de un modo irreprochable, el servilismo para con los grandes que le habian de valer para disfrutar tranquilamente de su riqueza. Así, por una venganza del destino, con cada saco de dinero, embarcaba la América para España un poco de germen impalpable de miseria y decadencia.

La falta de trabajo y la molicie del criollo hacían tan inestables las fortunas, era tan difícil la perseverancia para aquellas voluntades inertes, que las familias mas acaudaladas desaparecían en la sombra de la pobreza á la vuelta de tres generaciones, lo que hacia necesario adular al poderoso para subsistir y seguir explotando al indio y arruinando el propio caracter: era difícil encontrar la sinceridad y la franqueza entre gentes que tenían que

esperar toda su felicidad en esta vida de la complicidad de los grandes, y que necesitaban esta complicidad hasta para conseguirse la de la otra, fundando capellanías y obras piadosas con el dinero adquirido por medio del trabajo de los dominados.

Esa inacción del espíritu, ese afán de fáciles placeres, esa cortesía exagerada de los modales se reflejaban en todas las manifestaciones de la vida y son palpables sobre todo en el arte: la literatura estaba representada casi en su totalidad por las poesías amorosa y religiosa, por crónicas y sermones gerundios plagados de puerilidades, de juegos de palabras y gongorismo en que se gastaba el ingenio vivo y superficial de los letrados, sin haber llegado á producir nada digno de mencionarse en materia de filosofía, sin que de aquellos cerebros, esterilizados por el peripateismo, hubiera podido resultar un mediano metafísico que concibiera de alguna manera propia el mundo, ni formara una teoría, ni un esbozo de ella, para explicar alguno de los mil problemas del espíritu: la pintura y la escultura no hacían mas que reproducir las convenciones del pietismo, sin un solo artista que tuviera la inspiración ó la paciencia de consultar con la naturaleza, que inútilmente extendía sus mas preciosas galas, porque no encontraba en ellos mas que corazones indiferentes á la verdadera belleza: la arquitectura alcanzó su forma mas adecuada para los espíritus en el estilo extravagante de Churriguera, en que la ausencia de plan y de idea es disimulada bajo mil detalles incoherentes, que solo exitan una voluble curiosidad de la vista y sorprenden por la inmensa labor del artesano y por lo que suponen de desprecio al trabajo y de ostentación fastuosa de la riqueza. Aun allí encontramos, enmedio de los altares, escritos con caracteres claramente legibles, el orgullo de los dominantes y la postración de los vencidos.

Tales eran los elementos psicológicos de la Nueva España: el español despreciando al criollo y tiranizando al indio: el criollo dominando á este y aborreciendo al peninsular, y el indio odiándolos á todos, pero ocultando el verdadero estado de su espíritu bajo la máscara hipócrita

de la humildad y de la indiferencia; bajando los ojos para que no se le viera el interior del alma: solo cuando el alcohol entumecía los centros inhibidores de su cerebro, dejaba ver que la única pasión que dominaba en aquellos espíritus era la del odio y de la sangre.

Con esos antecedentes, la lucha por la independencia no podía ser para muchos la realización de un ideal, ni la reivindicación de un derecho; debía ser lo que fué: la explosión del odio. Ni Hidalgo ni sus inmediatos sucesores consideraron prudente hablar de independencia á las multitudes, y todavía el gran Morelos consideró necesario usar el nombre de Fernando VII. La lucha fué sangrienta, pues ni las guerras se hacen con dulzura, ni podía exigirse al indio que ostentara cualidades propias de una inteligencia que no se le habia cultivado y de una educación civil que siempre se le negó. Pero, si en el indio la dominación no habia dejado en pié mas que el aborrecimiento, en el español solo produjo la injusticia y criminal altanería, por eso á la conducta sanguinaria de los insurgentes en Guanajuato superó la ferocidad de Calleja y Flón en esa misma ciudad, porque la matanza para los españoles era mas que un derecho, era un deber, para acabar con aquello que aniquilaba en sus cimientos la antigua y orgullosa supremacía de España: por eso tampoco se encontró entre los dominadores un acto de magnanimidad que correspondiera al generoso perdón de Don Nicolás Bravo.

La situación del indio en aquella lucha era excepcional: iguales resentimientos tenía contra el español peninsular que contra el criollo, y, no pudiendo elevarse á los motivos que causaban la revolución, le era punto menos que indiferente militar bajo las filas de los unos que de los otros combatientes, lo que hizo se prolongara la lucha mas de lo que en un principio pudo preverse. Pero tampoco la clase dominadora tenía mayor fijeza de principios, ni perseguía mas elevadas ideas: Si habia sido partidaria del gobierno español, no era porque, considerando á España como su patria, estuviera dispuesta á sacrificarse por ella; sino, porque sus intereses habian sido creados en

medio de aquel orden de cosas; pero cuando Fernando VII. juró guardar la constitución de 1812, esos intereses se vieron gravemente comprometidos, porque se ponían en vigor las leyes que abolían el Tribunal de la Inquisición, que renovaban las disposiciones que suprimieron á los jesuitas, que establecieron la libertad de imprenta y que prohibían á la Iglesia adquirir bienes raíces ó derechos reales sobre éstos. Para evitar el cumplimiento de tales disposiciones, se olvidaron de sus antiguos principios, de que habian descargado excomuniones contra los independientes y formado el panegírico mas entusiasta de la lealtad para con la madre patria, y se enfrentaron con ella, poniendo á su cabeza á uno de los soldados realistas que mas habian combatido la independencia, que, por sus robos en el Bajío, se habia hecho insostenible para el mismo gobierno vireinal, y, por sus crueldades para con los patriotas, habia hecho olvidar á Calleja: mediante engaños, lograron que se le diera el mando de las fuerzas realistas, y así se consumó la independencia.

En medio de esas dos clases, entre dominadores y dominados, se habia formado lentamente un grupo pequeñísimo de hombres de relevantes cualidades, que sin participar del imperio de los unos ni de la humillación de los otros, habia logrado una regular instrucción y dotes de caracter enérgico y generoso. Este grupo de hombres quería la libertad de todos y llevaba en su seno el germen de la patria. A este grupo pertenecieron Hidalgo, Allende, Morelos y Moreno y él habia logrado indefectiblemente la independencia, aun sin la ayuda de Iturbide y los suyos, y el triunfo sin ese auxilio habria sido un gran paso para la formación de la nacionalidad, porque no habrian existido entonces los compromisos con los hombres del partido dominador: Bustamante, Santana, Filisola y otros muchos, que tanto mal hicieron luego al país, entraron en los negocios públicos por la puerta que abrió el heroe de Iguala.

Por eso, consumada la independencia, las cosas no cambiaron, el fenómeno social siguió siendo el mismo: siguieron en el poder los hombres que sostenían que la volun-

tad del que tiene la fuerza es lo mejor que puede haber para la sociedad, y si el grupo aquel que quería el derecho, la ley y la elevación de las clases caídas como única esperanza de salvación, seguía clamando por sus ideales, su voz se perdía por entonces, porque estas mismas clases no eran capaces de comprenderla; era necesario esperar á que los dominadores acabaran de debilitarse por la abyección del despotismo, que esa abyección fuera más grande que la de la servidumbre, para hacer penetrar un rayo de luz en el cerebro del indio.

Mientras tanto la pasividad política de nuestro pueblo había hecho crónico el estado de revolución. El indio, sirviendo en el ejército por el sistema de levas, caminaba al combate por la fuerza. Tan luego como el primer audaz se pronunció y vió que la tropa, á la que eran indiferentes todos los planes y banderías, se pronunciaba también, por no batirse, quedó establecido un precedente que no debía olvidarse, fué un medio de seguridad personal para el soldado forzado al servicio, proclamar al qué atacaba, y fué una ley de nuestra historia que siempre triunfó la revolución.

La invasión americana dejó, por sus causas y por sus efectos, demostrado que los hombres del absolutismo eran capaces de sostenerse en el poder, pero no podían crear ni defender una nación.

Paredes retrocediendo de San Luis para atacar al gobierno, en lugar de ir al encuentro del enemigo extranjero: el clero arreglando la revolución de los Polkos para eludir el pago de una contribución de guerra, cuando Winfield Scot atacaba á Veracruz, y el obispo de Puebla agasajando al general americano que entraba triunfante en aquella ciudad, y los sangrientos fracasos de Padierna, Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec hicieron al fin penetrar en los cerebros lo ruda y triste verdad; y era este el momento propicio, porque ya el soldado aquel cojido de leva, y para el que se reservaban todas las penalidades, había sabido arrancar al general Scot las primeras frases de justicia, declarando que admiraba su abnegación en el servicio cuando, sin comodidades, sin

viveres, sabía que si caía herido, no tenía que esperar mas que la caridad del enemigo, y, si muerto, su cuerpo quedaría sin sepultura; mientras los jefes, después de ser colmados de honores y beneficios por la nación, la abandonaban en el momento en que mas necesitaba sus servicios.

Llegaba pues, el momento en que la abyección por el mando fuera mayor que la abyección por la servidumbre, y la lógica de la historia dedujo de aquellas premisas la revolución de Ayutla, como el primer paso de una nueva generación que no había ya vivido bajo la dominación española.

La constitución de 1857 fué el reconocimiento en principio de la igualdad de derechos, y fué una idea en el espíritu del indio, fué la idea de la justicia, que aunque en la práctica viera desmentir frecuentemente, quedaba allí tenaz y resistente, haciendo al indio levantar la vista para tratar con sus semejantes y dejando ver así el primer síntoma de personalidad y de virtud.

Pero el indio levantando la vista, era para los antiguos dominadores el acabamiento del mundo social, era en efecto la desaparición de los fueros, la libertad de la conciencia, la emancipación de la propiedad raiz y el gobierno civil. Los cerebros acostumbrados á las antiguas ideas sintieron el mareo con el avance de aquella oleada de principios extraños, y para escapar á un naufragio que creyeron seguro, ellos, á quienes, si el hábito de la dominación sobre una raza vencida no les hubiera quitado hasta las últimas ideas del derecho y del respeto á la personalidad humana, habrían visto la salvación en la justicia, creyeron hallarla en una nueva infamia, y ellos, los altivos, para seguir conservando su supremacía, iban á arrodillarse á los pies de un monarca europeo implorando su auxilio: ellos, los que no querían consentir que el indio mirara frente á frente, se extasiaban bajo los ojos azules de un príncipe austriaco, sin advertir que mientras tanto un indio levantaba la bandera de la patria para imponerla al respeto de las naciones.

Ninguna lección mas elecuente para demostrar los tre-

mendos efectos de una dominación que aquellos descendientes de un pueblo heroico, temblando aterrorizados ante una conmoción social que creyeron sería el fin de los tiempos, sin comprender, en su pequeñez, que lo que estaban contemplando era el grandioso espectáculo de la formación de un mundo.

Las leyes naturales son tan implacables como constantes é inútil es que lamentemos sus efectos. La piedra que cae no sabe si aplasta á un criminal ó á un padre de familia que sustenta honradamente á sus hijos. Los misioneros que salvaron al indio de la muerte y los conquistadores que aprovecharon su trabajo, hicieron á España el mayor de los males, porque secaron para ella la fuente de toda moral de toda energía y de toda prosperidad: el trabajo, é hicieron también á los pueblos hispano americanos el mayor de los males dejando en su seno terribles fermentos y causas de decadencia.

Toda la historia de América comprueba la tesis asentada.

Los países hispano-americanos son tanto mas prósperos y las dificultades con que han caminado son tanto menores, cuanto menos se hizo sentir en ellos la dominación española

Ninguno entró tan pronto por el camino de la civilización como la República de Chile, y en ese país no puede decirse que hubo dominación; solo gobernó España en los lugares en que se iba extinguiendo la célebre y valiente raza de los auracanos. La Argentina no debe su actual bienestar sino á la circunstancia de que la inmigración fué tan copiosa que pronto ahogó los gérmenes de la antigua colonia, que produjeron la tiranía de Rosas. Venezuela, Colombia y Ecuador aun no resuelven el problema de su estabilidad política. El Perú, después de la guerra de Chile, como México después de la invasión americana, ha podido consolidar sus instituciones por la cercanía del peligro con que la amenaza su belicosa vecina. Los países de la América Central padecen todavía la fiebre de los organismos que necesitan expulsar gérmenes morbosos. El Brasil nunca tuvo que pasar por un régimen tan opresivo como las colonias espa-

ñolas; su independencia se hizo por un convenio y su vida política ha trascurrido sin cataclismo ni desórdenes, sintiéndose apenas en ese extraño suelo el tránsito de la monarquía á la República; hechos que hablan muy alto en favor de la colonización portuguesa.

En el Canadá los franceses comenzaron una política colonial que remedaba á la española; Champlain hizo alianza con la tribu de los hurones contra los iroqueses, de un modo análogo á como Cortés se había aliado con los tlaxcaltecas contra los mexicanos; sin contar con que los iroqueses, numeroso é indomitos, no se habían reducido á vida sedentaria y por lo mismo su dominación era difícilísima: así como los primeros conquistadores españoles emplearon á los franciscanos y dominicos y aun á los perros de presa para completar su conquista, los franceses emplearon á los jesuitas, que lograron en efecto, la pacificación y sumisión completa de las diversas familias huronas; pero con los iroqueses en vano llegaron hasta el martirio, nada consiguieron. Los franceses usaron del trabajo del indio conquistado, y el cáncer fué tan grande y dañoso que, poco después, quedó aniquilado al poder de Francia en el Canadá por el vigoroso empuje de las colonias inglesas.

Estas no se sirvieron del indio; lucharon con él y lo arrojaron cada vez mas hacia el Poniente hasta exterminarlo casi por completo. La única relación que con él cultivaron fué el comercio de pieles, en que el indio conservaba su libertad é igualdad absolutas. El colono se atenia á sus fuerzas y, con una energía, con una confianza en su propio valor, que se aventuraba sólo por aquellos países inmensos y plantaba su tienda ó fabricaba su casa en medio del desierto, como si le pareciera reducida la tierra y sofocador el ambiente donde quiera que veía la casa de otro propietario, y le fuera preferible arrosstrar el peligro de los salvajes. Este colono conservó sus energías y no consintió que Inglaterra hollara sus derechos tradicionales, porque á su vez no había impuesto á nadie la servidumbre: en su lucha con el indio comprendió la muerte, pero no la esclavitud y la humillación: la

guerra de independencia para el americano del Norte, fué el conflicto de derechos, la colisión inevitable á la cual se llega con positivo sentimiento, pero con la mas profunda convicción de la justicia. Tal fué el germen de la República de Estados Unidos. Pero ella misma encierra una elocuente comprobación de la ley que se ha venido demostrando. Los Estados del Sur eran los mas ricos; entre ellos se encontraban las antiguas familias militares del pais y el ejército contaba entre ellos sus jefes mas prestigiados; pero llevaban una afección de muerte; la esclavitud: los Estados del Norte eran inferiores en todo menos en caracter, porque su suelo siempre habia sido de libres, y no solo no aceptaron la esclavitud, sino que no quisieron permitir que sus asociados lo toleraran, originándose con ésto la tremenda guerra separatista, que resolvió la cuestión en favor de los que nunca consintieron en la disminución de la personalidad humana,

Pero ninguna comprobación hay tan elocuente como la de la misma España: ruinoso y desdichado mientras se arruyó con la vanagloria de los mundos en que no se ponía el sol, el alma ibérica fué renaciendo á medida que perdía sus colonias, como si el corazón adquiriera poco á poco nuevo vigor en aquel cuerpo moribundo, y como si la sangre, no teniendo que ir á llevar vida y calor á miembros lejanos, adquiriera el ritmo de la salud: aquel cerebro vuelve á sus funciones en los momentos en que bañaba al mundo la luz del siglo XIX y en que pasaba la tierra por no sé qué zona de su interminable carrera en que soplaban tonificante un viento de libertad, y arrancó de los labios rejuvenecidos de esa nación un himno con que su alma entera alentaba por la inspiración de Campoamor y de Núñez de Arce, hablaba en la tribuna de Castelar y de Pi y Margall, penetraba inquieta en los secretos de la nueva filosofía con Snas del Rio y Posada, reivindicaba los antiguos honores de la lengua castellana y la elevaba hasta las necesidades del pensamiento moderno con Pérez Galdos y Pereda, interrogaba los arcanos de la filología con Benot y Lanchetas y sondeaba en los profundos mares de la ciencia y del corazón del hombre con

la pluma sutil de Etchegaray.

El antiguo hidalgo de la Mancha parece incorporarse sobre su lecho, arrojar los vendajes de las viejas heridas, y, levantándose con nuevo brío, aunque aleccionado por la terrible experiencia, seguir cuerdo y generoso siempre por el camino del bien.

Y puede marchar de frente, porque el mal de España era externo y objetivo; necesitaba la cirugía y Mc. Kinley le hizo, con la mano experta de un audaz cirujano, la última ablación, que no quiso ó no pudo hacerle Cánovas del Castillo.

Pero no sucede lo mismo en México y los demas países hispano americanos: su mal está en la sangre y en los tejidos primordiales de su organismo: aun no se encuentra solución al problema de la población indígena; hasta ahora no se ha abordado de frente esa cuestión: el indio abriga algo de la idea del derecho, pero no cuenta con las condiciones fisiológicas, intelectuales y morales para llevar adelante una obra, y sigue desequilibrando la moral social.

Como la física encuentra por todas partes la hipótesis del eter y la teoría del movimiento, así la historia de México encuentra, en el fondo de todas las cuestiones, al indio como una inmensa y aterradora interrogación. Puede el peón de campo comer maíz, vestir sin abrigo y sin decoro, habitar en una chosa misarable, ignorar hasta la existencia de las letras, pero la propiedad agrícola, la fuente de la alimentación nacional, quedará con una producción mínima en una tierra fértil, por que el trabajo será lento y la maquinaria inaplicable: el dueño de la tierra se hace la ilusión, imposible de destruirle, de que paga un jornal barato, y, no explicándose el fenómeno de que la producción, no solo no permita la competencia con los efectos extranjeros, sino que ni siquiera baste para las necesidades del pais, atribuye el mal á la esterilidad del suelo; explicación que, si bien no satisface á nadie, ni es creída por nadie, le permite luchar aun por la baturra del jornal; pero con esa baturra y con la escasez de productos, la vida es imposible para el colono

extranjero, y la población crece muy poco en cantidad, porque crece muy poco en calidad, porque la personalidad humana tiene un valor ínfimo donde hay una raza ignorante y sin cualidades físicas y morales para hacerse valer.

Un pueblo anémico no puede ser industrial ni debe serlo: su trabajo es sumamente caro. Dividiendo el número de husos que tiene la industria de hilados en Inglaterra, por el número de operarios que los manejan, resulta que cada operario tiene á su cargo ochenta husos: igual operación practicada con la industria del hilado en México, deja ver que cada obrero mexicano solo sustenta doce husos, de donde proviene que la industria nacional necesite para vivir la protección del gobierno, mediante fuertes derechos de aduanas á los productos similares del extranjero; ocasionándose con esto que los fabricantes logran fuertes dividendos, pero el pueblo se viste caro y mal, sus condiciones fisiológicas no mejoran, y se atraen artificialmente grandes masas de capitales á la industria que, invertidas en la agricultura, aumentarían el bienestar y la moral de México.

Ese estado de miseria trae como consecuencia el alcoholismo. Las leyes científicas se formulan generalmente por un estudio superficial y á veces provisional de los fenómenos, pero el análisis profundo y detenido de los hechos rectifica el principio y, casi siempre la verdad es la proposición diametralmente opuesta á la que al comenzar se formuló. El examen superficial de los fenómenos de la población hizo sentar la proposición de que *el alcoholismo trae la miseria*.

Un gran sabio, uno de los que con justicia figurarán al lado del eminente Pasteur, Liebig, formuló la verdadera ley: *la miseria trae el alcoholismo*: todos los pueblos que luchan desventajosamente se suicidan por medio del alcohol. No solo son inútiles, como remedio, las multas y prisiones, sino que son contraproducentes, como lo es siempre la acción directa y, podríamos decir, alopática del gobierno en el campo de la moral, y son contraproducentes esos castigos porque aumentan la miseria de las

familias y con ésto la probabilidad de que aun los individuos sanos sucumban.

Puede el indio, supuesto ó verdadero delincuente, ser consignado al servicio de las armas, pero el ejército está destinado á sostener el derecho y el honor nacional en el exterior y la autoridad y la paz en el interior. ¿Puede una masa de penitenciados cumplir fielmente esa misión? Por otra parte la serie de detalles y requisitos que necesita llenarse para ese género de consignaciones ¿en donde dejará el sentido moral de las autoridades que rrecurren á ellas?

Los ideales políticos no han tenido mayor obstáculo para su realización que la masa analfabética y timorata de la población indígena, y así como tenemos una industria que no sirve sino para encarnecer los objetos, tenemos, por igual causa, una democracia de ignorantes; un contrasentido que solo se explica por el deseo de sostener un ideal como tendencia de la vida; pero que, mientras tanto, produce por todas partes la descepción por el esfuerzo y el fatalismo político.

Por todas partes encontramos en nuestro estado social siempre el mismo problema y por todas partes vemos tambien que ese cuadro de nuestra historia puede sintetizarse en estas dos únicas palabras: *ignorancia, injusticia*.

Pero la naturaleza tiene recursos del todo imprevistos y supera los obstáculos del modo que menos se esperaba enderesando el obstáculo mismo para servir á sus fines. La baratura de los jornales, que no permite la inmigración, comienza á producir un fenómeno digno de estudio para el sociólogo: el indio emigra; vá buscar un jornal mas alto allande el Bravo y en las industrias que en nuestro mismo territorio tienen las compañías americanas. Se le exige en cambio de ese jornal mas elevado, un rudo trabajo, muy superior al que está acostumbrado á dar en nuestros campos, y él acepta y sufre con entereza la labor y las inclemencias del clima y las dificultades del idioma, presinde de sus costumbres, de sus dias de fiesta religiosos, y de sus supersticiones, porque llena sus necesidades y tiene economías que mandar á su familia; por eso

solo se siente hombre y piensa en el derecho y recuerda á la patria con amor, y protesta, no por las penalidades, no por la ausencia de la familia, pero sí protesta por la humillación nacional y se levanta y lucha por el honor del mexicano: no pide que se le suba el sueldo, el que tiene le basta; pide la igualdad de ambas naciones, y la noticia de este acontecimiento corre por los aires y penetra, no se sabe como, hasta en la cabaña en donde jamas se lee un periódico y de todos los ámbitos del país se levanta un murmullo de aprobación y de simpatía para los ausentes: es el pueblo que al fin comprende y siente.

La riqueza de nuestro suelo virgen aun, la hermosura de nuestro clima y la inmensa red de nuestros ferrocarriles ha traído ya al americano, el mismo aquel que destruyó en el Norte las tribus indígenas, pero atacándolas frente á frente y en una lucha en que dejaba á su enemigo la igualdad y la libertad: el momento es solemne y justamente nos preocupamos por el resultado de la lucha.

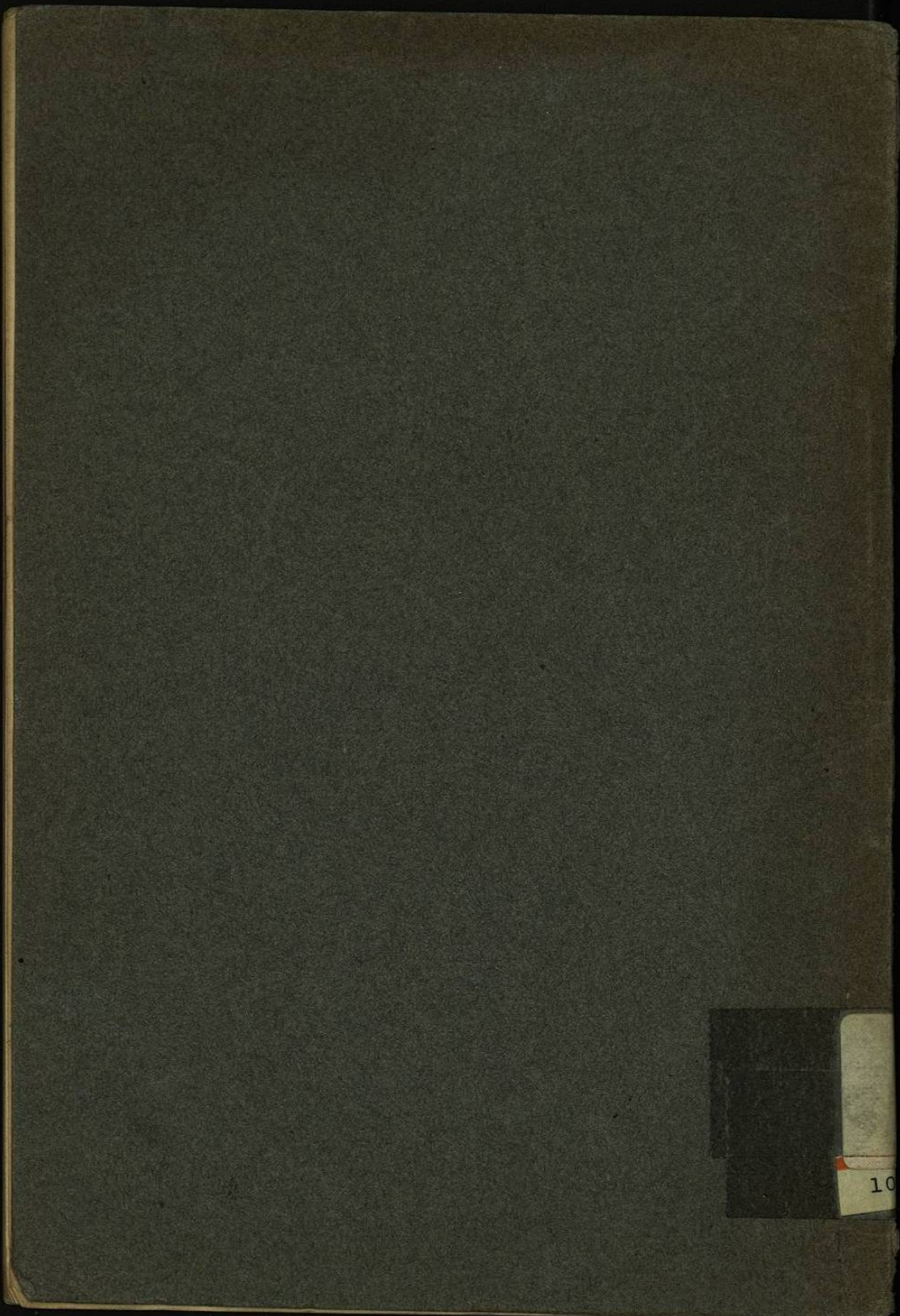
Mientras tanto, en el silencio mas completo, los obreros mecánicos de los ferrocarriles se organizan de un modo admirable, reúnen sus fondos, preven todos los resultados de lo que van á hacer y con ánimo sereno, pacíficos, pero firmes y altivos llevan adelante una huelga; en ese movimiento hay la tranquilidad imponente de toda obra en que se persigue un derecho y se tiene confianza en el propio valer: todos leímos con entusiasmo las proposiciones de los obreros mecánicos á sus patrones: en ellas campeaba una idea: la justicia por medio de la igualdad del mexicano y el americano; pero habia otra idea igualmente noble y enteramente generosa: que no se admitiera al trabajo á los niños que no hubieran concluido su instrucción primaria. ¿Donde aprendieron ellos esas delicadezas para la patria? ¿De donde pudieron sacar la perseverancia y la convicción que suponen su actitud? Inteligencia, firmeza, confianza en el propio valer, sentimiento del derecho, previsión, patriotismo, todo eso hay visible en ese acontecimiento, y todo eso contesta de la manera mas consoladora á las angustiosas preguntas del sociólogo: nuestro pueblo acepta gustoso la lucha, la de-

sea y la busca: se prepara á sostenerla con el valor de su trabajo; pero un instinto admirable lo hace abarcar, con una precisión digna del sabio, la explicación de todas sus pasadas desgracias, y la síntesis de toda nuestra historia, en estas dos palabras que simbolizan todo lo que anhela, que expresan todo lo que pide y en las cuales estriba la vida de nuestro país: *instrucción y justicia*.

Trabajemos con él para alcanzar ambas cosas.

*J. Esquivel Obregón.*





10